



EL RESCATE Y LA MEMORIA

La terapéutica de la locura según Étienne-Jean Georget

Juan Manuel Ferraro

<https://doi.org/10.53680/vertex.v33i157.269>



Étienne-Jean Georget nació el 9 de abril de 1795 en Vernou-sur-Brenne. Hijo de padres agricultores de escasos recursos, se revolvió contra la idea de dedicarse al cultivo de la tierra y permanecer en su pueblo natal. De esta forma se marcha a París a los diecisiete años, lugar donde se siente atraído por la anatomía, la fisiología y la química. Pero los eventos de la batalla de París de 1814 y la posterior Restauración le obligan a dejar la capital para irse a Tours, sitio en el que permanece durante un año adscrito al Hôpital Général de la Charité.

En 1815 regresa a París y el 29 de noviembre rinde el concurso para ingresar como médico interno a La Salpêtrière, sitio que no abandonará nunca más en su vida.

Defiende su tesis intitulada *Dissertation sur les causes de la folie* el 8 de febrero de 1820, mismo año en que publica *De la folie. Considérations sur cette maladie*, texto que lo hizo conocido. Allí, Georget dedica su quinto capítulo a la parte “más necesaria y más difícil”, al objetivo al que todas las investigaciones y las observaciones sobre la materia deben guiar su utilidad: el tratamiento de la locura.

Lo divide en dos: tratamiento indirecto o racional, en el que la acción sobre el cerebro del alienado es mediata y de acuerdo a indicaciones muy precisas; y tratamiento cerebral directo o empírico, que actúa fisiológicamente sobre el órgano enfermo sin que se conozca su mecanismo de acción.

Sobre este último es que versan los fragmentos que compartimos a continuación, y sobre el que, a su vez, describe dos fases distintas y sucesivas. En primer lugar, el aislamiento: elemento pasivo pero fundamental que saca al alienado del medio que causó y / o mantiene su perturbación, para colocarlo en uno nuevo que propicie el cambio mental. Una vez producida una neta mejoría en el estado del alienado, y que éste es susceptible de recibir la influencia de la persona del médico, llega el turno de la segunda fase que es la educación médica: elemento activo por el que se obtiene la cura y se descartan los riesgos de recaída, y donde la curación se guía según tres principios: nunca estimular el pensamiento de los alienados en el sentido de su delirio; nunca atacar de frente y abiertamente las ideas, los afectos y las inclinaciones exaltadas de los locos; y hacer nacer, por medio de impresiones diversas, nuevas ideas, afectos y conmociones morales, despertando así facultades inactivas.

A pesar de inscribirse él mismo en la línea inaugurada por Pinel y Esquirol, a quienes dedica su tesis “En homenaje de respeto y reconocimiento”, por sus reticencias a utilizar la denominación de “tratamiento moral o intelectual” (Georget prefiere hablar de tratamiento cerebral directo o empírico), sumado a la indicación general de mantener en reposo una función cuyo órgano encargado se encuentra en irritación, dará por

resultado la declinación del tratamiento moral, cuyo último exponente será, años más tarde, François Leuret, y el ascenso del higienismo mental como principio rector, en el que el aislamiento, el reposo y las distracciones serán la parte fundamental de la terapéutica.

Geroget murió prematuramente a causa de la tuberculosis el 14 de mayo de 1828, pero dejó sus obras que siguen resonando como una expresión de los pioneros de la especialidad en el dominio de la clínica y de la terapéutica, pero también en materia médico-legal. Efectivamente, es el primer alienista en emprender la defensa de alienados ante un tribunal, a quienes invita a cuestionar: “¿Ha cometido el acusado el acto voluntariamente y con el libre ejercicio de sus facultades morales o de su razón?”, pregunta, cuya respuesta deberá decidir si el sujeto del que se trata es más digno del asilo que de la cárcel.

Bibliografía de referencia

Bercherie, P. (1986). *Los fundamentos de la clínica*. Editorial Manantial.

Georget, E. J. (1820). *De la folie. Considérations sur cette maladie*. Chez Crevot, Libraire.

Georget, E. J. (1825). *Examen medical des procès criminels des nommés Leger, Feldtmann, Lecouffe, Jean-Pierre et Papavoine, dans lesquels l'aliénation mentale a été alléguée comme moyen de défense, suivi de quelques considérations médico-legales sur la liberté morale*. Chez Migneret.

Semelaigne, R. (1894). *Les grands aliénistes français*. G. Steinheil Éditeur.

De la folie. Considérations sur cette maladie

Étienne-Jean Georget

Capítulo V

Tratamiento de la locura¹

Procederé ahora a la exposición de estos diversos medios y de los casos en los que son apropiados. Llamaré *tratamiento cerebral directo empírico o moral e intelectual* a aquel por el que se tiende a modificar principalmente el ejercicio de las facultades intelectuales. La mayoría de los autores lo han llamado simplemente *moral*². No me gusta mucho esta expresión, porque tiende a excluir la idea de una acción sobre el organismo, y porque sólo indica una parte de la inteligencia. Sin embargo, la utilizaré para evitar repeticiones o largos circunloquios; y llamaré *tratamiento cerebral indirecto o racional* a aquel que incluye el uso de medios que principalmente ejercen su acción sobre órganos alejados del cerebro.

1. Tratamiento cerebral directo, o moral e intelectual

Es enteramente fisiológico; ningún agente físico puede ejercer su acción sobre el cerebro como medio de curar la locura. Además, todo lo que pudiera llegar a este órgano por esa vía causaría siempre perturbaciones más graves que las que se querían destruir, como las caídas y los golpes sobre la cabeza. Aunque tales accidentes hubieran producido por casualidad una curación, no se deduciría que deban utilizarse metódicamente. ¿Significa esto que porque un loco se cura tras arrojarse por una ventana, todos los alienados deben ser sometidos a esta prueba? ¿Por qué no proponemos también prender fuego la casa de un paralítico para hacerle correr? Porque a algunos les ha sucedido que han recuperado el uso de sus piernas en tal evento.

Veamos, en pocas palabras, el objetivo que nos proponemos alcanzar actuando sobre la moral de los alienados, antes de indicar los medios para lograrlo.

A partir de lo que hemos dicho sobre la acción de las causas, la naturaleza de los desórdenes intelectuales y las acciones cometidas por los alienados, es fácil establecer las indicaciones que se desprenden de ellas.

Están destinadas a: 1) Atenuar y destruir las causas que, después de haber provocado el desarrollo del delirio, lo mantienen, tienden a perpetuarlo o pueden renovarlo con el retorno a la razón, cuya acción había sido suspendida por la locura. El amor, la religión, los celos, un miedo vivo son más propensos a perpetuar, a renovar sus efectos, a aumentar y a menudo a hacer incurable la locura. Los sufrimientos que impone un amor frustrado son eternos; se necesita tiempo y fuerza de voluntad para acostumbrarse a ellos. Las ideas y los escrúpulos religiosos son tanto más tenaces cuanto que se fundan en motivos poderosos, y son constantemente alabados en nombre de las cosas más santas. Y hasta que no hayamos llevado a nuestro paciente a una indiferencia religiosa casi completa, debemos temer una recuperación muy incierta y una recaída a la menor oportunidad. Lo mismo ocurre con los celos, puesto que es difícil olvidar los resentimientos que suscitan. 2) Separar al enfermo de los objetos o personas que, si no han provocado la enfermedad, se convierten en causa del delirio o del furor: bien por error de los sentidos del insensato, bien por un falso juicio de sus atributos, cualidades, acciones, etc. 3) Ponerle en situación tal que no pueda cometer actos perjudiciales para sí mismo o para los demás. 4) Rectificar las falsas sensaciones y errores de los sentidos que dan lugar a alucinaciones, y a un cúmulo de ideas y acciones estrafalarias. 5) Fijar la atención del maníaco en un pequeño número de objetos; obligarle a pensar, a reflexionar sobre lo que dice y hace; impedirle divagar sobre todo, sin detenerse en nada. 6) Desviar la atención de los monomaníacos, que está demasiado fijada en ciertos objetos. Destruir, hacer olvidar las ideas falsas y viciosas que los obsesionan, los persiguen, los entristecen, los asustan. Contrarrestar las inclinaciones excesivamente exaltadas, hacerlas desviar buscando excitar las contrarias. 7) Estimular la facultad de pensar de los alienados estúpidos en quienes es nula, darles la fuerza necesaria para desplegar sus ideas o al menos para expresar algunas de ellas. 8) Devolver el valor a los lipemaniacos, para sacarlos de la tristeza y el abatimiento moral que los abrumba. 9) Por últi-

1. Fragmentos del Capítulo V: Tratamiento de la locura escrito por Étienne-Jean Georget para su obra *De la folie. Considérations sur cette maladie* (1820), pp. 260-294. Traducción Juan Manuel Ferraro.

2. N. del E.: El término moral utilizado en la época podría asimilarse en la actualidad a una forma de tratamiento psicológico.

mo, devolver a todos los alienados sus inclinaciones y afectos regulares, cuyo retorno anuncia a menudo la convalecencia y asegura una cura sólida.

Para cumplir con estas indicaciones, podemos actuar sobre la inteligencia de los alienados de dos maneras: pasivamente, a través del *aislamiento* y la forma de conducirlos; y activamente, a través de lo que llamaré la *educación médica*.

1° Sobre el aislamiento

Separar a los locos de los objetos que los rodean, alejarlos de las manos de sus familiares o amigos, es la primera condición; una condición más o menos indispensable para su recuperación. Y con muy pocas excepciones se puede decir que no recuperarán jamás la salud en sus casas. Aislándolos de esta manera, nos proponemos cumplir las siguientes indicaciones: 1) Se les aleja de las causas que puedan haberles afectado y que podrían despertar impresiones pasadas, y así facilitarles el olvido. 2) Se les aleja de la presencia de las personas de las que más a menudo tienen quejas; de quienes ignoraron la enfermedad desde el principio o consideraron sus actos como meros caprichos; de quienes les han tomado aversión como consecuencia de la propia enfermedad. 3) Se encuentran sometidos a los cuidados de nuevas personas, a las que no conocen y de las que no esperan nada. Es bastante seguro que los que habitualmente atienden al enfermo ya no son aptos para estar con él; indóciles y exigentes, mandarán, querrán ser obedecidos, se enfadarán, se amotinarán y quizá lleguen a los extremos si se les resiste. No exigirán lo mismo a los extraños que, sin escatimar los cuidados –ni siquiera las indulgencias–, parecerán darlas muy voluntariamente o al menos según órdenes superiores, y podrán rechazarlas sin dar razones cuando sea conveniente. El alienado se encontrará feliz de recibir señales de afecto por parte de tales anfitriones y podrá, si conserva o recupera un poco de sentido común, entregarse prontamente a los consejos y sugerencias que le den. 4) Apartando así al alienado de su esfera habitual, todo se vuelve nuevo para él, y puede operarse una rápida distracción en su espíritu. La obligación de relacionarse, de conocer, de estudiar nuevos objetos, puede contribuir poderosamente a debilitar las viejas impresiones, a disminuir o destruir las ideas del monomaniaco y a restablecer el orden en la inteligencia del maniaco.

Se ha temido, por ejemplo, que los alienados separados de los objetos de su afecto, puedan angustiarse por ellos y empeorar así su estado. En primer lugar, estos afectos ya no existen, y los enfermos rara vez tienen el conocimiento suficiente para saber a dónde serán llevados. Además, incluso si realmente lamentan dejar su casa, a sus parroquianos o amigos, esto sería una razón más para alejarlos de ellos; de esta manera se producirá una fuerte impresión y el deseo de volver a verlos pronto se convertirá en un poderoso motivo para que se comporten bien y sean dóciles a los consejos del médico.

Se ha temido que la presencia de otros alienados –al ser puestos en una institución– les cause tal impresión que el mal se incremente. Pero este es un temor quimérico; raramente tengan el razonamiento suficiente como para apreciar el lugar en el que se encuentran o las personas que los rodean. Ni siquiera se dan cuenta ellos mismos y tienen mucho tiempo para familiarizarse con estos objetos, para no verse afectados desagradablemente por ellos. Entonces, lejos de angustiarse, se ríen con sus compañeros de todos sus errores, y se compadecen de aquellos que no han sido lo suficientemente afortunados para recuperar la razón.

Algunas personas han pensado que era de temer que se abusara de la facilidad de secuestrar³ a los alienados en contra de la libertad individual. Si la libertad moral ya no existe, es necesario, en efecto, estar muy seguro de destruir la una sólo cuando la otra ya lo está. En una institución pública, supervisada por una administración superior, no es de temer tal abuso; y es difícil creer que en una institución privada un médico quiera prestarse a manejos tan viles como odiosos.

Hay tres maneras de aislar a los alienados: haciéndolos viajar, colocándolos en una casa particular preparada *ad hoc* y para un solo individuo, o en un establecimiento público o privado destinado a recibir un cierto número de estos enfermos.

Sobre los viajes

Los viajes son empleados más para distraer a los alienados que para aislarlos. Sólo son adecuados en la convalecencia –y sobre este aspecto hablaremos más adelante–, o sólo en algunas variedades de melancolías sin demasiados desórdenes de la inteligencia, como en el spleen, y actuando como ya diremos.

3. En el lenguaje jurídico francés séquestrer indicaba poner a una persona por fuera de la sociedad mediante los medios legales. En el contexto de la teoría de las pasiones como causas de la alienación mental, secuestrar consistía en aislar al enfermo de todo contacto con su medio habitual, para alejarlo de excitantes nocivos y ponerlo bajo influencia del tratamiento hospitalario. Ver Nota del Editor Nro. 81 en: Stagnaro, J.C. (Ed.) (2012). El nacimiento de la psiquiatría. Editorial Polemos, p. 501

Aislamiento en una casa particular

Esta forma de aislar a los alienados, que es muy onerosa –y por tanto poco práctica–, rara vez cumple la intención del médico. Suele ser una casa de campo perteneciente al enfermo la que se arregla para este fin. Los antiguos sirvientes se colocan allí; los familiares, amos en sus propias casas, se entrometen en todo, o al menos les resulta difícil separarse por completo del objeto de sus afectos. El enfermo, viéndose en casa, manda a los suyos; y las órdenes del médico son ignoradas o mal ejecutadas. Incluso suponiendo que se pudieran evitar todos o algunos de estos inconvenientes, no se tendrían las ventajas de una reunión de varios enfermos que se sirven de ejemplo mutuamente, que disfrutan de la compañía de los demás, que se cuentan sus desgracias, etc. El hombre desgraciado no quiere sino encontrar víctimas como él mismo, y mientras que una persona feliz parece hacerle una injusticia, otra persona desgraciada le consuela.

Aislamiento en un establecimiento especial

Es en establecimientos consagrados especialmente a recibir alienados que tratamos la locura en Europa. Son considerables en Francia, a expensas del Gobierno, y donde recibimos particularmente a los pobres. Ellos son en París: Bicêtre para los hombres, la Salpêtrière para las mujeres, y Charenton para uno y otro sexo. Los Departamentos son menos favorecidos en este aspecto que la Capital, y con muy pocas excepciones puede decirse que en casi todos ellos los alienados no han despertado todo el interés que merecen, y tan sólo son abandonados en algún rincón de un hospicio.

Las principales ventajas de estos establecimientos son: 1) Que se edifique y se distribuya lo más favorablemente posible para aislar y contener a los furiosos, para reunir a los convalecientes, para reunir a los que se adaptan y pueden ayudarse mutuamente en su recuperación, y para evitar los accidentes que la inclinación al suicidio, los ataques de furor y los malos designios que algunos alienados deben hacernos temer. 2) Reunir, en número suficiente, sirvientes bien intencionados y acostumbrados a atender a esta clase de enfermos; que estén acostumbrados a sus caprichos y que no teman ante los arrebatos de los furiosos. 3) Alejar a los enfermos de toda influencia extraña y ponerlos así a la consideración del médico. 4) Finalmente, contener todos los medios de tratamiento, distracción y represión que sean convenientes. Para dar una idea de lo que deberían ser, voy a analizar el de la Salpêtrière.

La división, que contiene unos mil doscientos individuos, está formada por dos secciones separadas: una

es para idiotas, imbéciles y dementes, que suman cuatrocientos; la otra contiene maníacos, monomaníacos y alienados estúpidos, incurables y en tratamiento. Hablaré sólo de esta sección, ya que fue construida exclusivamente para el propósito que cumple. Consta de: 1) Dos grandes dormitorios –pudiendo contener cada uno a cien enfermos– destinados la una a los convalecientes y la otra a los monomaniacos tranquilos. 2) Varios dormitorios pequeños de diez o quince camas cada uno, que sirven para alojar a enfermos sosegados que necesitan vivir alejados del tumulto. 3) Por último, un gran número de casillas de una o dos camas, para los alienados furiosos e irrazonables, con alucinaciones molestas, o para aquellos cuyo carácter pendenciero no puede soportar un compañero. Estas habitaciones, construidas en la planta baja –excepto el dormitorio de los monomaniacos que se encuentra en el primer piso–, circundan patios más o menos amplios, la mayoría de los cuales están plantados con árboles, todos provistos de fuentes que proporcionan agua en abundancia, y algunos de los cuales están cerrados por un alambrado. Los dormitorios tienen numerosas ventanas, grandes, pero enrejadas para evitar accidentes. Las casillas, adosadas las unas a las otras por tres costados, tienen una puerta y una pequeña ventana, tallada sobre el cuarto muro que resta libre. Las camas de éstas están sólidamente adosadas a la pared.

Hay una sala de baños dispuesta en el servicio. Las bañeras están provistas de una tapa de madera con una hendidura para recibir el cuello y evitar que la cabeza se sumerja en el agua, y otras tantas tuberías para las duchas.

Un vasto jardín está destinado al paseo de los alienados tranquilos, y un taller para recibir a los que quieren trabajar.

El dormitorio de los convalecientes, un patio enrejado y algunas habitaciones con una o dos camas, contienen a los enfermos en tratamiento; los incurables ocupan el resto del establecimiento.

Si se construyera de nuevo un establecimiento de este tipo, para evitar algunos de los inconvenientes que presenta la Salpêtrière, sería necesario: 1º- No construir jamás las habitaciones de los alienados en la planta baja. 2º- No hacer grandes dormitorios. Rara vez un gran número de enfermos están tranquilos o pueden soportarse mutuamente; uno solo es suficiente para perturbarle el descanso de todos los demás en la noche. 3º- Separar enteramente a los incurables de los enfermos en tratamiento. 4º- Tener un sector separado para los furiosos. 5º- Separar los pabellones por grandes espacios, ya sean patios o jardines. 6º- Procu-

rar que las casillas sólo sean contiguas por dos lados, y que se pueda poner una gran ventana en la pared opuesta a la puerta. 7º- Por último, tener un refectorio general para todos los alienados tranquilos que se reúnan en común a tomar su comida.

Este establecimiento, a pesar de sus defectos, sigue siendo uno de los mejores o quizás el mejor de Europa. Gracias a los cuidados de Monsieur Desportes ya ha sufrido numerosas mejoras, y si este administrador filántropo pone en práctica los proyectos que tiene para ampliarla y embellecerla, quedará poco que desear.

Quienes deseen más detalles sobre este tema pueden consultar el artículo *Hospice d'Aliénés*, de Monsieur Esquirol, inserto en el *Dictionnaire des Sciences Médicales*, y sobre todo la obra que este médico va a publicar próximamente sobre el mismo tema.

Una casa así debe tener normas, reglamentos y una jerarquía de poderes acorde con las personas que contiene. Los insensatos no pueden ser gobernados como seres razonables; suelen ser como niños muy indóciles a los que es aún más difícil controlar, ya que en su locura pretenden actuar bien, y creen que la injusticia preside la conducta hacia ellos cuando uno les lleva la contraria. Para tener ideas claras sobre este tema, veamos de nuevo lo que se practica en la Salpêtrière.

El médico es el director del servicio. Nada se hace sin sus órdenes y sólo se hace según sus órdenes. Él está advertido de todas las medidas tomadas, de las correcciones aplicadas, etc. Todas las quejas de los familiares o de los enfermos se dirigen a él.

Una primer supervisora, extremadamente gentil y amable –muy conciliadora y firme en ocasiones, generalmente querida por todos aquellos que son razonables y respetada incluso por la mayoría de los furiosos–, tiene la dirección de las empleadas inferiores. Es responsable de que todo esté en orden, de que cada uno esté en su sitio, de que los enfermos reciban un trato humano, de que reciban su comida o sus medicinas, y de reclamar al médico de cualquier inconveniente que ocurra sobre estas cuestiones.

Varias supervisoras auxiliares –cada una a cargo de una sub-sección–, y un gran número de muchachas de servicio, están destinados a proporcionar cuidados a las alienadas. Estas chicas son tomadas de entre las convalecientes que quieren hacerse un lugar. Esta medida es sumamente ventajosa: asegura la existencia de mujeres que, habiendo salido, podrían haber tenido una recaída; y que habiendo estado en el mismo estado que aquellas a las que cuidan, se interesan mucho más, saben a menudo lo que puede agitarlas o atormentarlas, y cómo conducir las y complacerlas.

Es raro que en una reunión de personas privadas –en todo o en parte– de la razón, reine constantemente el buen orden. Algunos se pelean, otros discuten, algunos son desagradables y hacen padecer a los más timoratos, etc. Hay que poner fin a estas disputas y agresiones, y separar y castigar a los culpables. El médico y el primer supervisor, que deben tener siempre la confianza general y ser queridos por todos, no pueden asumir el papel de represores. A esta función se le asignó un supervisor adjunto. La naturaleza de sus deberes, y el hábito de realizarlos, le dan una expresión de dureza en su fisionomía y su palabra que hace que los pacientes se estremezcan con sólo verle pasar o escucharle hablar. Se presta a llamar al orden a los que se extravían, a separar a los pendencieros y a los combativos, y a encerrar a los más furiosos.

El gobierno de los locos debe ser absoluto. Todos los asuntos deben ser decididos y sin apelación por el médico, quien puede –si las peticiones y quejas de los enfermos se vuelven demasiado importunas– oponerles las reglas de la casa. Si hubiera varias autoridades rivales, celosas del poder, rara vez se pondrían de acuerdo, y no dejarían de fomentar la desobediencia de una u otra parte. Hay que tener cuidado de no reprender públicamente a los empleados por sus faltas; los enfermos aprovecharían para resistirse aún más y despreciar las órdenes de ellos.

Buscaremos ganar la confianza de los enfermos, tratándolos con delicadeza, para persuadirlos de que uno no les desea ningún mal, de que no tiene nada que ver con la medida que ha provocado su reclusión. Porque al no creerse enfermos, se revolverán fuertemente ante lo que llaman una injusticia. Sobre todo hay que tener cuidado de no embaucarlos e incumplir las promesas que se les hacen, ya sea de castigo o de recompensa, o de salir de los problemas con ellos mediante la evasión, no dando ninguna respuesta positiva a sus peticiones.

Se han ideado multitud de medios para contener a los alienados furiosos. En la Salpêtrière, sólo se utiliza un chaleco de fuerza que siempre ha sido suficiente. Se trata de una especie de camisola de tela muy resistente que se ata por detrás, y cuyas mangas, bastante largas, terminan en un cordón muy fuerte que se utiliza para detener los brazos cruzados alrededor del cuerpo y para fijar al enfermo en algún lugar si uno lo juzga oportuno. La mayoría de las veces se le deja libre para caminar. El *tranquilizante* de Rusch me parece muy ventajoso en algunos casos. Es una silla con correas para asegurar los brazos, las piernas, el cuerpo e incluso la cabeza. En el pasado se encadenaba a estos desgraciados y se les dejaba pudrirse en mazmorras

inmundas; lejos de calmar la agitación, esto la aumentaba enormemente. Hoy en día, la contención se utiliza sólo para evitar los accidentes que podrían derivarse de un exceso de libertad de acción.

Para contener a un alienado furioso, que comete acciones reprobables y que amenaza con usar la fuerza antes que rendirse, es necesario imponerse a él de inmediato con la ayuda de un gran número de asistentes, y sobre todo avanzar sobre él sin vacilar y sin parecer temerosos, ni tampoco hesitar en que pueda resistirse. La mayoría de las veces no ofrecen ninguna resistencia. En casos parecidos en la Salpêtrière, envolvemos la cabeza de la enferma repentinamente con un manto; aturdida, sin poder ya defenderse, cede con gran facilidad.

Si debemos utilizar la delicadeza para calmar y contener a los alienados –con aquellos que no quieren obedecer– hay que obligarlos a hacerlo por algún medio de represión, y si cometen actos reprobables, hay que sancionarlos inmediatamente. Hay algunos díscolos que actúan así a sabiendas y con maldad; deberemos ser más rigurosos con ellos. Hoy en día, para cumplir este objetivo, no empleamos sino los medios más humanos. El cambio de morada, un tiempo en patios cerrados, el chaleco de fuerza, la ducha, la reclusión de varias horas o de un día en una casilla, son los únicos medios utilizados en la casa. Nos cuidamos, sobre todo, de no utilizar golpes ni malos tratos.

Observamos que, en general, los hombres se someten más fácilmente a las mujeres, y las mujeres a los hombres. Esto se debe, según creo, a que la idea de un sexo opuesto siempre excita agradablemente, y muy a menudo permite o impele a hacer grandes concesiones. Y a que en general las mujeres, no teniendo muy buena opinión de su sexo, se lanzan rápidamente a hacer presa a las institutrices –que casi siempre les desagrada– de los vicios más atroces.

2° Educación médica

Hasta aquí sólo hemos intentado actuar sobre la inteligencia de los alienados de forma indirecta, externa y totalmente a través de los sentidos, abandonándolos, por así decirlo, a sus propias fuerzas. Ahora vamos a cultivar sus espíritus, a devolverles, mediante una nueva educación y haciendo desaparecer las ideas anómalas, inclinaciones o afectos que les perjudican la armonía que tenían antes. No es tarea fácil ser médico del alma: además de un conocimiento profundo de todos los pliegues del corazón humano –tan indispensable como el de la fisiología en general para el resto de la patología–, hace falta adjuntarle un gran hábito de observar a los enfermos, para captar los motivos de sus

acciones, el tiempo, el instante, la oportunidad de actuar favorablemente y con éxito sobre su espíritu, sin tomar el camino equivocado para lograrlo. El médico no sólo debe hacerse capaz de ejercer tales funciones; todos sus subordinados deben formar parte de él, asistiéndole en su presencia, supliéndolo en su ausencia, haciendo continuamente aquello sólo él puede hacer.

La educación médica no puede ser puesta en uso ni en todos los periodos ni en todas las formas de delirio. Sólo cuando, mediante el aislamiento y la administración de medios racionales, haya disminuido la irritación general y cerebral, cuando las ideas han perdido su firmeza y tenacidad, cuando el cerebro se ha vuelto capaz de recibir y apreciar nuevas impresiones, es que podemos esperar tener éxito. Sería en vano que usted se dirigiera a los alienados en el período de excitación o en un estado continuo de furor; serían insensibles. Los monomaniacos le comprenderán más rápidamente, y estarán en mejores condiciones de realizar algunos actos de razón. Los maníacos deben, por así decirlo, pasar por esta forma de delirio para llegar al mismo punto. Por último, los alienados estúpidos recuperan habitualmente, a veces repentinamente, el ejercicio de sus facultades.

La naturaleza simple o complicada de las impresiones que queramos producir, el orden de las facultades sobre las que se desea intervenir, plantean también consideraciones importantes a este respecto. Cuanto más sencillos sean los medios de educación –al alcance del enfermo y familiares para su espíritu–, menos esfuerzo de combinación intelectual requerirán, y más pronto se los puede poner en uso con provecho. Los trabajos manuales y agrícolas, así como algunos objetos recreativos, cumplen más o menos estas condiciones. También las que tienden a actuar sobre las inclinaciones y los afectos producirán efectos más pronto y más fácilmente que las destinadas a modificar las otras facultades de la inteligencia. Es mucho más fácil sentir que expresar el resultado de las sensaciones y que razonar. Un loco podrá manifestar el deseo de ver a sus parientes, a sus hijos, a sus amigos, y sentirá la sensación de vergüenza, de placer o de tristeza, mucho tiempo antes de ser capaz de darnos el motivo de sus actos, o de sostener el más mínimo razonamiento.

Expondré los principios que deben seguirse y los medios generales que pueden emplearse para cumplirlos, sin entrar en los detalles de las circunstancias individuales, tan variadas que corresponde al médico atenderlas y conducirse como crea conveniente según estos mismos principios.

1^{er} Principio. Nunca estimular el pensamiento de los alienados en el sentido de su delirio

Hacer lo contrario sería absolutamente como cultivar una ramificación parásita en lugar de cortarla, que acabaría invadiendo todos los jugos nutritivos del árbol. Si se permite que el devoto siga todas las desviaciones que le sugiere un celo escrupuloso, o al ambicioso que se cree rey que se entregue a la idea de superioridad, de mando o de dominio, inevitablemente los haremos incurables. Generalmente se cree que hace falta emparejar a la loca por amor al objeto de todos sus deseos. Esto es un error: la enfermedad podría haberse evitado por el matrimonio; pero en una locura declarada, este medio –lejos de ser favorable– podría convertirse en todo lo contrario, aumentando el delirio; suele ocurrir entonces que el amante no es más que un pérfido. Hay que hacerle olvidar. ¿Creen ustedes que una nueva Mesalina recuperaría la razón satisfaciendo sus impúdicos deseos? Lejos de eso, los resultados serían contrarios a sus expectativas; los unos estarían más distantes y los otros más impetuosos. Un desgaste excesivo sería prontamente inevitable. Además, ¿no es un precepto de la terapéutica general –aplicable a los desórdenes de las facultades intelectuales– no ejercitar una parte enferma demasiado excitada?

2^{do} Principio. Nunca atacar de frente y abiertamente las ideas, los afectos y las inclinaciones exaltadas de los locos

Los alienados no se creen enfermos, y el día en que se les pueda convencer de que lo están, su curación no estará lejos. Creen que su discurso y sus acciones están llenos de sentido y de razón; nada en el mundo puede disuadirlos. Díganselo a un devoto; los anatematizará, huirá y nunca se ganarán su confianza. A un pretendido rey, que no lo es; les responderá con invectivas. A otro que se cree abandonado por todos, indigno de vivir, que sus parientes, sus amigos todavía le aprecian; no creará ni una palabra. A un alucinado, que los fantasmas que cree ver, las voces que le hablan, son seres imaginarios, y no le convencerán. Es más, actuando así, no solamente no se ganarán la confianza de sus enfermos o la perderán, sino que los hará más pertinaces en sus opiniones; les obligarán a buscar los medios para sostenerse, de igual modo que uno afila sus armas para prepararse para el combate. El resultado inevitable de tal conducta será, o bien aplazar la curación durante mucho tiempo, o bien hacerla imposible.

Sólo cuando la razón ha recuperado en gran medida su dominio, cuando el enfermo sabe apreciar la mayor parte de sus errores pasados, es que uno puede,

sin miedo y con esperanza de éxito, buscar destruir directamente por medio del razonamiento las pocas ideas falsas que puedan persistir. Una mujer se creía encinta, sabiendo no poder estarlo. Pero ha llegado al punto de concebir que lleva diez o doce meses en la casa, que no ha visto a ningún hombre y que le vuelve periódicamente la menstruación; podemos entonces hacerle ver lo ridículo de semejante idea.

3^{er} Principio. Hacer nacer, por medio de impresiones diversas, nuevas ideas, afectos y conmociones morales, despertando así facultades inactivas

Este principio no es más que la consecuencia de los dos precedentes y tendrá por objeto: 1° Ocupar el pensamiento del enfermo de otra manera y hacerle olvidar las ideas irracionales. Produciremos estos efectos actuando sobre las facultades intelectuales, mediante el trabajo manual, el trabajo agrario, los objetos de recreo, etc. 2° Contrarrestar y finalmente destruir, por su oposición, las ideas dominantes. Quiero indicar particularmente aquí la acción de las pasiones; si ellas devienen a menudo causas de la locura, también podemos hacerlas servir a la cura. Cuanto más poderosamente actúen sobre la moral, más podrán, si están bien dirigidas, hacer una poderosa desviación de las ideas dominantes. 3° Dar motivos para combatir las ideas viciosas. En lugar, por ejemplo, de refutar a un alienado la condición de rey que pretende tener, demuéstrelle que carece de poder; que usted, que no es menos, lo puede todo sobre él. Tal vez reflexione que, efectivamente, podría estar en un error. No le diga a los alucinados que no oyen nada; pero vaya con ellos al lugar de donde parten las voces y los ruidos que les obsesionan; repita a menudo este procedimiento, y tal vez obtenga algún efecto. Sin embargo, rara vez produce resultados positivos. Un alienado se cree rodeado de enemigos, y tiene miedo de todo. Ponga un criado a su lado, hágale dormir en su habitación, y puede que acabe tranquilizándose. 4° Excitar la acción cerebral de los alienados estúpidos, de ciertos lipemaniacos, conmover fuertemente, romper la cadena de ideas viciosas. Tales son a veces los efectos de ciertos afectos vivos del alma, suscitados a propósito. El sentimiento de vergüenza, de una sorpresa extrema, de súbita alegría, etc., han restablecido, en ciertos casos, casi súbitamente la armonía intelectual. A menudo he tratado de hacer que las alienadas aprecien su situación, la naturaleza de sus ropas, la distancia de todo lo que les es querido, su indiferencia culpable hacia sus parientes, etc. Si se producía un marcado silencio, un flujo de lá-

grimas, era una muy buena señal. Mademoiselle M..., que llevaba casi un año de estupidez, se encontraba en un estado de completa indiferencia hacia su propia suerte y la de su familia. Todas las mañanas, durante casi quince días, la excité de este modo con éxito, y la convalecencia se declaró poco tiempo después.

Estos son los efectos que nos proponemos producir en la moral de los alienados; veremos ahora por qué medios los conseguiremos. Consisten más o menos todos en conversaciones, en consejos del médico, en la asociación de alienados convalecientes, en el trabajo manual, la agricultura, el esparcimiento, la visita de parientes o amigos, en la reducción y luego el cese del aislamiento, en los viajes.

El médico, jefe supremo del establecimiento, ejerce una gran influencia sobre el espíritu de los enfermos. Aquellos que todavía están privados de su razón, aprenden pronto que todo depende de él, que deben escucharle y obedecerle para obtener cualquier cosa. Y a aquellos que comienzan a recuperarse, que conciben en parte su enfermedad, les dará confianza en una curación cercana; entonces tomarán todos los remedios adecuados que hasta entonces habían rechazado. Un medio que a menudo resulta para ganar ascendencia sobre ciertos enfermos desde la primera visita, resulta de la información que se tiene, sin que ellos lo supongan, de toda su conducta pasada. Después de haberlas examinado durante algún tiempo, se les dice en tono profético: "Usted tiene funestos designios; busca destruirse a sí misma; se ha portado mal en casa; ya no quiere a su marido, rechaza a sus hijos, etc.". Asombradas por semejantes predicciones y por el talento de aquél que las hace, suelen confesar ordinariamente la verdad, aceptan que han tenido unos cuantos accesos de delirio febril (*Fièvre chaude*), lo que las familiariza con la idea de tratamiento, y conceden prontamente su confianza. He visto resultados extremadamente felices de este poder sobre la imaginación de los alienados. Una joven, salida después de un mes en la Salpêtrière en muy buen estado, regresó con el corazón apesadumbrado y desesperación en el alma, para consultar por unas molestias que temía fueran el preludio de una recaída; en efecto, así había debutado su enfermedad. Después de haberla consolado, Monsieur Esquirol escribió al pie de una orden: "Yo respondo por la curación de Mademoiselle...". Convencida de que este médico no querría comprometer su reputación asegurando tan positivamente lo que no estaba seguro, ella recobró la esperanza y desde entonces todos los accesos desaparecieron.

El médico también ejerce un poder muy grande so-

bre las alienadas en su calidad de hombre. Hay las que se someten a todas las renunciaciones que reclama, escuchan sus consejos y los siguen, sólo por eso: por complacerle. Por eso se piensa que, en general, es más conveniente que sea bueno que malo, y que no tenga defectos físicos demasiado marcados que se presten a la burla.

El médico no se contentará con ver a los enfermos en una visita matutina; debe estar constantemente en medio de ellos, estudiando los motivos de sus acciones, las variaciones de su carácter, reprendiéndolos, viendo si cumplen las promesas que han hecho de comer, de estar tranquilos, de trabajar, etc.

Nada es más favorable para acelerar la curación que las *reuniones de alienados* más o menos convalecientes. Están tanto más confiados entre ellos, cuanto que todos tienen un interés común: el de salir cuanto antes para retornar al seno de sus familias. Son un ejemplo para los demás; el que sale hoy le prueba a todos los demás que el mismo favor se les concederá cuando estén curados como él. Se prestan mutuamente ayuda y consejos afectuosos; a menudo sucede que un alienado saludable adopte a otro, se ocupe de distraerlo, de hacerlo entrar en razón, y le da esperanzas mostrándose a sí mismo como si hubiera estado en condiciones mucho menos favorables. Esta atención desinteresada, estas conversaciones entre infortunados, son de una utilidad tan remarcable en el tratamiento de la locura, que creo que debemos atribuir en gran medida el poco éxito que obtenemos en el aislamiento particular al hecho de que es imposible sustituirlas.

Para procurar estas ventajas en los asilos generales, todo se distribuye de manera tal que se evite la soledad. Un taller común, el jardín y el refectorio ofrecen numerosas ocasiones de encuentro. Sin embargo, hay que tener cuidado de no reunir a pacientes demasiado tristes, desesperados o con inclinación al suicidio; se perderán. Divíselos, confíelos a otros que estén más serenos, más alegres.

Un trabajo más físico que intelectual ha sido recomendado por todos los autores, y especialmente por Monsieur Pinel, como uno de los principales medios de tratamiento. Es, en efecto, no sólo una buena señal que vuelva el deseo de ocuparse, sino que el cuerpo así ejercitado –al mismo tiempo que se fortalece–, desvía la atención demasiado fijada de ciertos alienados. Se fija, por el contrario, a otros objetos y acostumbra al pensamiento a crear combinaciones nuevas, y combate así al delirio sin violencia. En la Salpêtrière, las tareas de costura y tejido están a disposición de las enfermas, que reciben una pequeña remuneración. Se les anima por todos los medios posibles a mantenerse

ocupadas; es una condición impuesta para conceder favores a las convalecientes: ver a la familia, salidas del establecimiento, etc. Tiene muy buenos efectos. En el caso de los hombres, se podría poner a su disposición un trabajo similar a su modo de vida: el cultivo de los campos, el ejercicio de ciertos oficios, cumplirían perfectamente el mismo objetivo.

Pero es imposible poner en uso medios similares en las clases más acomodadas. Una gran dama no querrá ejercitar sus dedos, ni un hombre acostumbrado a no hacer nada, a fatigar su cuerpo. Esto es ciertamente una desgracia; hará falta remediar este inconveniente mediante ocupaciones más análogas a la situación de la persona, con juegos de habilidad, el billar, el ejercicio de los talentos adquiridos, del canto, la pintura, la ejecución de instrumentos musicales. Monsieur Esquirol no encontró ningún efecto positivo de los espectáculos y conciertos como medio de distracción. Los primeros daban lugar a menudo a alusiones desafortunadas, y los segundos indisponían mucho a los enfermos que creían que se estaba burlando de su desgracia. Sin embargo, pienso que en una época muy avanzada de la convalecencia pueden recrear agradablemente el espíritu y operar una útil distracción. La lectura no se debe permitir hasta muy avanzada la recuperación, y con criterio. Sobre todo, hay que procurar que el enfermo no se encuentre con opiniones o situaciones que puedan inquietarlo o aumentar su delirio. Se puede permitir a veces el estudio de alguna rama de la historia natural y la botánica, por ejemplo.

Toda casa de alienados debe contar con grandes jardines, vastos recintos que sirvan de paseo. Que los que no quieran o no puedan trabajar, al menos caminen. Incluso a los furiosos, refrenados con el chaleco de fuerza, hay que dejarlos libres para que corran en recintos separados; nada aumenta el furor como el reposo forzado. Que consuman el exceso de vida que parece agitar todo su organismo: el cuerpo así cansado, el espíritu más o menos distraído, traerán el descanso por la noche, el abatimiento, sino el sueño.

Las personas ricas encuentran un poderoso medio de distracción en los viajes. Los objetos novedosos proporcionan sensaciones agradables y variadas. Al mismo tiempo que el organismo se fortalece, el cerebro debilitado recupera su energía. Aconsejaría a quien pueda hacerlo que consolide su curación de esta manera.

El cese del aislamiento, a través de las visitas de los familiares o amigos, nos permitirá causar impresiones muy importantes en la moral de los alienados. El momento de estas visitas y la forma en que se realizan no son consideraciones indiferentes. En general, sólo de-

ben concederse cuando los propios pacientes deseen ver a sus familiares y lo soliciten desde hace tiempo. Para prevenir efectos potencialmente peligrosos, también es necesario avisar al enfermo por adelantado; si es razonable, estará complacido con ellos sin querer seguirlos y marcharse, y podremos pensar en la segunda visita y las siguientes. Estas conversaciones familiares le devolverán a sus antiguos afectos, y le harán esforzarse por acelerar su curación para poder disfrutarla más a gusto; la madre querrá cuidar de sus hijos, la esposa volver a su hogar. Pero mientras los enfermos no pidan volver a ver a sus parientes, sería casi inútil, sino perjudicial, llevarlos a su presencia; o bien no querrían reconocerlos y no les hablarían, o bien despotricarían contra ellos. Sin embargo, en ciertos casos de indiferencia prolongada, de insensibilidad moral, se podría, por este medio, suscitar un afecto vivo de sorpresa, una conmoción mental que despierte el cerebro y lo llamara a su acción ordinaria; sería entonces necesario que la entrevista fuera inesperada.

Por último, no debemos olvidar que hay reglas que observar en la convalecencia del intelecto, como en la de las demás funciones, y así como a un estómago que empieza a recuperarse le damos alimentos ligeros y en pequeñas cantidades, así también debemos economizar al cerebro en recuperación, no exponiéndolo a afectos morales demasiado vivos y repentinos, y cuidarnos de cansarlo con combinaciones demasiado profundas o con un trabajo demasiado sostenido, etc. Y una vez que las facultades intelectuales se han restablecido por completo, habiéndose originado las causas de la enfermedad en el ejercicio de estas facultades, recuérdese siempre que su fuente no deja de existir, y que deben evitarse cuidadosamente todas las circunstancias y todas las ocasiones que puedan despertarlas.

Un principio general muy importante de la terapéutica –que debo recordar aquí de manera especial porque se olvida con demasiada frecuencia– violado en el tratamiento moral de la locura, es el que establece que una función debe permanecer en reposo, ejercerse lo menos posible, cuando el órgano encargado se encuentra en estado de irritación. ¿Qué diríamos, por ejemplo, de un médico que ordenara a un enfermo de gota o a un reumático que corriera, o a un peripneumónico que respirara aire frío con una respiración profunda, o a un enfermo de gastritis que comiera y bebiera en abundancia? Que es un necio, y que así aumentará hasta el último grado los accidentes ya existentes. ¿No hacen lo mismo los que se complacen en atormentar a un alienado, excitándolo continuamente sobre el objeto de su delirio, y antagonizándolo cons-

tantamente tratando de demostrarle, mediante razonamientos, que está en un error? Vean, en efecto, lo que resulta de estos crueles divertimentos: un redoblamiento de la actividad cerebral, esfuerzos por salir de la disputa, cólera o furor, con todos los fenómenos que acompañan a este estado, como el transporte de la sangre a las partes superiores, enrojecimiento, calor de la cara y del cráneo, latidos frecuentes y fuertes de las arterias, etc. ¿Y creemos que con esto no aumentamos la irritación del órgano intelectual? Basta con observar el estado de ánimo de una persona razonable que acaba de experimentar alguna afección viva del alma, un acceso de cólera, y pronto nos convenceremos de la

verdad de esta afirmación. Afortunadamente, hoy en día en Francia estos infortunados ya no son vistos por el público como bestias curiosas. Es cierto que no hace mucho tiempo que se tomó esta medida en todos los hospitales provinciales; mencionaría uno, si no estuviera demasiado cerca de mi región natal, donde esta práctica bárbara todavía existía hace unos años. Me han asegurado que en Inglaterra aún no se ha abolido, ni siquiera en los establecimientos más destacados. Me cuesta creer que una nación tan ilustrada, en la que el estudio de la locura ha hecho tantos progresos, siga haciendo un espectáculo de este lamentable estado de la inteligencia humana.

[volver al índice](#)